



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 402-408

[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

### **Review/Reseña**

Marcel Velázquez Castro, comp. *La República de papel. Política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima: Fondo editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 2009.

## **Hacia una nueva historia de la prensa decimonónica en el Perú**

**Isabelle Tausin-Castellanos**

Université Michel de Montaigne Bordeaux 3

*La República de papel*, libro recién publicado en Lima, constituirá un hito en la historiografía de la prensa peruana. Marcel Velázquez, especializado en historia cultural del Perú Republicano, reúne once trabajos presentados en un congreso internacional sobre la prensa decimonónica que contó con el apoyo de las principales instituciones universitarias peruanas.

El orden del volumen se ciñe a la cronología. Los tres primeros artículos tratan del primer medio siglo XIX. Otras contribuciones se interesan por la prensa en manos de mujeres u orientada a un público

de lectoras; las revistas ilustradas también captan el interés de los investigadores, especialmente *El Correo del Perú* antes de la guerra del Pacífico y *El Perú Ilustrado* en la posguerra. Del conjunto sobresalen las investigaciones de Juan José Rodríguez y Oswaldo Holguín relacionadas con aquellos años trágicos. Rodríguez escribe sobre la información difundida por la prensa norteamericana y Holguín sobre la valoración del soldado indígena.

En su ensayo introductorio, Velázquez Castro hace un recuento muy minucioso de todas las publicaciones sobre prensa republicana, y observa una “efervescencia de los estudios”, a los que se suman algunas ediciones facsimilares e historias panorámicas como las escritas por Juan Gargurevich y Alberto Varillas sobre la primera mitad del siglo XIX. Velázquez justifica el concepto de “república de papel” como expresión de la pluralidad de los discursos analizados, letrados y visuales, una suma de representaciones del Perú empapadas en la ilusión de la referencialidad. Los periódicos resultan a la vez construcciones conscientes de un modelo que propagan y subrepticias formulaciones de la identidad colectiva. Además, la “república de papel” remite a la heterogeneidad del público, ya lectores cultos, ya oyentes analfabetos.

Velázquez comprueba que guerras, revoluciones y cambios políticos favorecieron un auge de los periódicos, y distingue varias rutas de investigación: los medios de comunicación como voceros del orden republicano, el tesoro lexicográfico del mundo de la prensa, y los múltiples géneros exponentes de todos los aspectos de la vida cotidiana. En el siglo XIX, los periódicos vinieron a ocupar el lugar antes reservado a los libros de tal modo que “ser escritor y ser periodista eran en la práctica sinónimos” (Velázquez 25). El desarrollo de la prensa conllevó la democratización de la lectura y modernizó tanto más la sociedad cuanto que interactuaban el espacio público de la comercialización y el espacio privado de la lectura.

Las litografías difundidas por la prensa contribuyeron a la construcción de un imaginario colectivo con el que se fueron identificando los lectores que tuvieron acceso así a los espacios más lejanos del país. Los diarios daban un sinfín de informaciones, desde la más nimia (el tiempo, el tráfico marítimo, las fiestas religiosas, los nombres de viajeros...) hasta la más culta y politizada. Velázquez

destaca el doble papel de los avisos comerciales, en apariencia vacuos: informaban sobre las redes de comercialización y contribuían a la construcción de la distinción social brindando modelos a todas y a todos, más allá de la esfera privada. Las revistas profesionales permiten reconstruir aspectos de la historia del trabajo y de la ciencia. Asimismo, los *remitidos* y *comunicados* brindan información que interesa a los investigadores pues dejan oír voces que de otra forma no nos hubieran llegado. De hecho, la prensa peruana se configuró como “órgano de la opinión pública”.

Entre las contribuciones recopiladas en *La República de papel* señalemos primero el artículo de José Ragas titulado “Prensa, política y público lector en el Perú 1810-1870”. Es un ambicioso intento de periodizar la historia de la prensa pese a la fragmentación de las fuentes y gracias a la mejora del servicio de los archivos observable en el Perú después de decenios de vacas flacas. Ragas señala como punto de inicio la libertad de imprenta propagada desde Cádiz y que permitió la sustitución del material religioso por el auge de las publicaciones políticas. A partir de la independencia (1821) observa una “guerra de palabras” entre libertadores, caudillos, liberales peruanos y extranjeros. Recuerda la oposición entre *El Sol del Perú*, arma de Monteagudo, y *La Abeja Republicana* en manos de Sánchez Carrión. Con excepción de Cusco, Ragas observa la escasa información sobre la situación en provincias y, al igual que Velázquez, señala la asignatura pendiente de la historia de la censura.

La era del guano viene a ser la tercera etapa de la “República de papel”, una etapa de masificación de la cultura política por los catecismos y folletos. Lima tenía entonces un potencial de lectores calculado en el 50% de la población capitalina, situación comparable con las urbes de Francia e Inglaterra, según apunta José Ragas. Pero la prensa peruana carecía de materia prima y se abastece de ropavieja reciclada, un tema digno de interés como el itinerario de los repartidores de periódicos, los conocidos canillitas. En el siglo XIX como hoy, la prensa vivía una situación de gran dependencia, tanto de los suscriptores morosos como de los avisos comerciales. Los únicos que se salvaban de la “tiranía del mercado” (51) eran los textos oficiales en los que invertía el Estado peruano en la “cruzada de pedagogía política” (56) llevada a cabo hasta la bancarrota nacional.

Otros artículos recopilados por M. Velázquez como “El sujeto ilustrado o el gran Otro en el diario *La Miscelánea* de 1831” o “Proyectos raciales antiafricanos y antijudíos: ejemplos de la poesía satírica de Felipe Pardo y Aliaga” nos invitan a releer los periódicos publicados en el primer decenio de la Independencia para plantear análisis de mayor trascendencia. La figura de Felipe Pardo y Aliaga, descuidada hasta que se publicaron los trabajos de Jorge Cornejo Polar, aparece como central en la defensa del republicanismo autoritario. A ella vuelve también Velázquez en el artículo que dedica a los “usos y sentidos de nación en la ciudad de Lima”, desde la revolución de Túpac Amaru hasta el primer gobierno de Ramón Castilla.

Esta contribución, coincidente con el auge de los estudios dedicados al bicentenario de las revoluciones hispanoamericanas, estriba en numerosas fuentes, desde la obra teatral del mercedario Francisco del Castillo *La Conquista del Perú* (1748) con la alegoría de la Nación peruana representada por una india noble, hasta la *Oración en las exequias del Presidente Gamarra* pronunciada en 1842 por el ultramontano Bartolomé Herrera que seguía arremetiendo contra el “principio absurdo y espantoso” (154) de la soberanía popular e insistiendo en la figura de Dios como “soberano de las naciones” (154). Velázquez comprueba la polisemia de la palabra “nación” en el caso peruano y su vinculación con “pueblo” y “patria” como se observó en las repúblicas nacidas a lo largo del siglo XIX. El autor ubica en *El Peruano* de 1812 un artículo firmado por “un originario de África” que abogaba por la inclusión de los afrodescendientes en la naciente ciudadanía; muestra cómo la derrota de Santa Cruz conllevó la exclusión del espacio público de la población indígena hasta entonces partícipe del proceso de emancipación. El ideal del militar virtuoso se convirtió en modelo y puso fin a “toda posibilidad de incorporación simbólica y real de la población indígena” (151). El triunfo de los limeños criollos representantes de la ideología conservadora durará hasta la victoria de los liberales y el segundo gobierno de Ramón Castilla (1856). Velázquez completa la recopilación analítica de “nación” con información descriptiva sobre las revistas publicadas a lo largo del primer medio siglo XIX.

Otro artículo relevante es el que Juan José Rodríguez Díaz titula “Cuando no haya noticias, envíen rumores...” Gracias al análisis de *New*

*York Times* y *New York Herald*, el investigador estudia cómo evolucionó la interpretación de la guerra peruano-chilena entre 1879 y 1881. Los periodistas estadounidenses difundían la ideología del Destino Manifiesto junto con “una lección de desprecio sobre las sociedades con mezclas raciales” (213). A la élite peruana desvalorada como mestiza, rentista y corrupta, contraponían la composición de la sociedad chilena, con fuerte componente europeo. La resistencia de la Breña, después de la ocupación de Lima (1881) aparecería, desde ese enfoque racista, como una amenaza de revolución social que contrarrestar. Los recuerdos de la Guerra de Secesión y la lucha contra los “bárbaros” indios influyeron en la apreciación neoyorkina de la “guerra en Sudamérica”. La inestabilidad del Perú desde 1879 ofrecía una posibilidad de contrabalancear la hegemonía comercial inglesa, tanto más que los inversionistas norteamericanos, entre ellos los Grace, estaban preocupados por no perder su capital garantizado por la explotación del guano y el salitre.

Para el Secretario de Estado James Blaine, el año 1881 había de favorecer la penetración económica estadounidense apoyando a los notables peruanos, más allá de las prevenciones moralizantes contra la argolla de los civilistas. El embajador recién nombrado reconoció el gobierno de Francisco García Calderón contra las expectativas chilenas y pierolistas y firmó un convenio para establecer una base naval norteamericana en Chimbote. Pero Rodríguez Díaz señala el inicio de otra campaña de rumores por los voceros del pierolismo, entre los cuales figuraba Ricardo Palma desde Panamá.

El cuarto poder reveló su eficiencia y hostiliza a Blaine que pierde la secretaría de Estado en diciembre de 1881, después del asesinato del Presidente Garfield; en cuanto a los tenedores de bonos, se aprovecharon de aquel intervencionismo para obligar a Chile a tratar con ellos y darles satisfacción en el pago de la deuda contratada por el Perú antes de 1879.

Oswaldo Holguín Callo, autor de “El indio valeroso en la literatura de la Posguerra con Chile”, completa con este artículo la imagen sobre el indígena peruano, ya no desde afuera, sino en el mismo Perú. El trabajo recopilado viene a contradecir los tópicos sobre el indigenismo y la representación del indio, al fijarse en textos descuidados por los críticos literarios pero muy valiosos tanto por el

impacto que tuvieron en un amplísimo sector de la población como por su discurso contrario a los tópicos del darwinismo social vigente entre los catedráticos positivistas.

Holguín hace hincapié en la osadía de Manuel González Prada en el Politeama al proclamar que “la *nación* está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera” (236). El buen salvaje y el indio humilde de la literatura peruana escrita entre 1845 y 1879 se va a convertir en rebelde patriota bajo la pluma de jóvenes combatientes y testigos de la guerra con Chile. Holguín recuerda el contexto de la leva que alejaba a la fuerza a los campesinos de sus tierras para llevarlos a combatir. El valor del Ejército de Reserva conformado por los vecinos de Lima y la desertión de muchos indios se explicaron por el divorcio entre las dos poblaciones. La condena moral expresada por Ricardo Palma o Manuel Candamo acerca de los soldados serranos procedía de la desesperación de la derrota pero no debe borrar la eficaz resistencia en los Andes. Esta realidad fue novelada por Ernesto A. Rivas, Víctor G. Mantilla, Nicolás A. González y Aurelio Arnao, quienes exaltaron las cualidades militares de los indios capaces de afrontar la tortura y el paredón sin traicionar la causa patriótica que servían. Holguín hace hincapié en la representación del culto a la bandera, emblema de la nación, por el indio Jancaka en un cuento de Aurelio Arnao, “El heroico cabo Jancaka”, relato retomado por López Albuja en “El hombre de la bandera” de 1919, que aboga por “la plena integración de los indios en condición de igualdad, a la nacionalidad peruana” (262). Al fin y al cabo, la contribución de Holguín invita a una relectura de todos aquellos textos difundidos en periódicos y contrarios a la imagen de un monólogo racista en la posguerra del Pacífico.

El libro editado por Marcel Velázquez brinda además estudios sintéticos de Maida Watson sobre el costumbrismo y Nanda Leonardini sobre el arte litográfico, continuación de trabajos ya conocidos y fundamentales para la historia cultural del Perú Republicano. Cabe esperar que el compilador siga esta ruta de investigación, frustrante al hojear periódicos pero tan fructífera en el momento de aunar los resultados y avanzar en trabajos comparativos, especialmente con la prensa de los países vecinos, a la que contribuyeron los escritores—

periodistas peruanos en esa movilidad intelectual que definió el siglo XIX.